Verano/12 (*Por Claudio D. Minghetti)* El había llegado a fines de diciem-cuando todo empezaba a tomar ok James Dean pero na sola obsesión, Camulador que le permitía, en un tris subir a más de trescientos kilóme tros por hora. Coche azul, cambios manuales, la misma visual que si estuviera en la cabina y sus pies aten-tos a los pedales, a la espera que al-gún adversario aceptara el reto de correr con el otro auto que, en nea, estaba ubicado a treinta centi metros de distancia. Después de la ocho desfilaban esos tipos que mu seguros de sus reflejos, que no con-seguían ponerse en el lugar de RA-CE LEADER ni siquiera con vien-to a favor. Día tras día. Hasta que llegó ella. Era delgada, pero no tanto. Es taba tan fuerte como la hermana, y un poco más. Vestía de cuero. Sólo cuero, y se movía en moto. Una ver-dadera fiera. Los chacales, ham-brientos. Y fue a parar a su lado, al coche rojo, cuando todos los que estaban alrededor empezaron a babear estilo Alien. Ella aceptó el desafío. El, de piedra. Sin embargo, una vez que pusieron las fichas y la máquina les dio el OK., todo cambió. De golpe subieron a más de doscientos. El avez hasto a bío. taban alrededor empezaron a ba-bear estilo Alien. Ella aceptó el de-Le gana. Le gana pero hasta ahí nomás. Cabeza a cabeza. Pierde. El pecado de Jimmy fue mirar de reojo las piernas de su rival, y más arriba. Su pecado fue querer ver a través del cuero. De pronto sien-te que choca y vuela por el aire. Ella, convertida en RACE LEA-DER toma la delantera. A él le gustaría pisar el acelarador hasta per-forar el piso. Pero no puede. Ella va al frente, a más de trescientos, mientras los demás se ríen. La máquina no se equivoca. GAME OVER. Y él se quedó atrás, solo porque el mito del invencible se había derrumbado en el preciso ins-tante que ella subió a su moto y partió, rumbo a 3 y Buenos Aires. Era una noche fresca y él, tranquilo, como si jamás hubiese estado a treinta centímeiros de la fiera im-posible, lo supo mejor que nadie. Hasta el próximo

PI ARRING/ L'T



Por Miguel Briante



en la costa

Encuéntrelo en

Pinamar • Villa Gesell • Mar del Plata Dolores • Gral . Madariaga • Miramar Chapadmalal • Necochea • San Bernardo Santa Teresita • San Clemente del Tuyú

a otra vez a esa mujer la vefamos en los bailes del balneario o del Italiano. Tiraba al costado de la pista, siempre entre la sombra y la luz. Así la vefan, la vefamos, con la música de fondo, en lo entreverado de las parejas. Las otras coentaban: "Siempre igual". Una, o una voz, me ijo: "A ésa, de sacar de la luz a los hombres, se hizo una costumbre" y otra: "En donde está não oscuro, alienta o mueve su cuerpo, dema-ado". Llegaba el forastero que la miró cruzar tipista, bajo esos focos. Que miró cruzar el penegro, el culo. Se le fue y le dijo que era imosible, como si se le hubiera aparecido una apación. Sin dejár tiempo ella dijo que sf. El la guió hasta el borde de la pista y alguien, melora la luz medio en la oscuridad, lo paró. "Vena pararlo", le estaba diciendo. El otro, forasmo pero de otro pueblo, no del todo de afuera, decía: "("Pot vos o por mí?"). Decidieron dedirlo en el bar. El del pueblo, el que pude harsido yo, le dijo que no pasara. "¿De dónde?", preguntaba el forastero. El otro: "De la luz". alieron para la pelea que siempre se está espendo, en los bailes, en lo de Arispe.

El forastero volvió solo y cruzó la pista entre s luces, para el lugar de lo oscuro donde esta-la muier. Afuera habíe com como la morto y al forastamier.

El forastero volvió solo y cruzó la pista entre s luces, para el lugar de lo oscuro donde estala mujer. Afuera había ese muerto y al forasno no lo volvimos a ver. O terminaba cuando
sabía que el hombre, de lo oscuro, no iba a
siver.

En un baile, en lo cierto, yo sé cuál es la murde ese sueño del que me desperté en la oriMe acuerdo. Arriba, se iba cerrando un ceazón. Así que eso lo soñé en invierno, me paun invierno, porque se veía la sombra en el
d. Mejor, así no veía tanto. Para cuidarme de
lluvia que estaba viniendo adentro, cosas que
lo se acuerda, y no pensar. Lo de mi hermano
adeo es así, para mal. Yo no soñé que Tadeo
npezó soñando con mujeres, de chico, cuando
abajaba contrnigo en la estancia. Mi hermano

Tadeo, que está internado por loco en el Melchor Romero de La Plata. Soñaba y soñaba hasta que escuchó al loco Toledo, cuando el loco dejó de alquilar caballos de alquiler en el verano y empezó con eso de que iba a llegar el fin del pueblo. "Los va a apretar el pasto", decía. "Va a crecer y los va a apretar." Iba a desaparecer, el pueblo apretado por el pasto que crecía siempre, siempre. Se fueron juntos en un arreo y cuando volvieron Tadeo estaba cambiado. Salía a mirar mujeres en la siesta, por las quintas. Mi hermano. Y Toledo ahora decía que el pasto se estaba acabando y que la tierra, todo, se iba a volar. "La tierra que sostiene las casas y el río que aguanta los costados del pueblo en los mapas para que no se desparrame, y otras cosas que la tierra tiene apretadas como las casas que hay por ahí, por la falta de pasto, se va a volar."

De ahí que yo sepa que algunos sueños dan en verdad. Los del río, más. Les disparo, les disparo. Pero hay días en que el cielo o un lugar cualquiera de la tierra en las barrancas hacen un dibujo del clavo que me espera entre los pilotes del puente y entonces mejor dejarse estar. A la tardecita ya viene la confusión de lo que es cierto y de lo que no es cierto en este cangrejal de mi cabeza con sus caballos sin terminar y sus huesitos hechos casas y ranchos de sangre o tanta voz hablando de un dolor. Cuando me acuerdo de eso me agarro de manejar el bote, miro las barrancas más arriba de donde puede estar dibujado el gancho que me espera, voy viendo pasar el tiempo con el sol o con los peones, según cruzan. La señora mandó, aquella vez, que si yo iba a ser el de los botes, tenía que estar de parada en este lado del río, el de la estancia. Así que miro la barranca, allá enfrente, que es como mirar lo de Arispe, aunque no se vea, y más allá el pueblo, aunque no se vea. Yo sé que de ahí, de las gentes que me acuerdo, y del río, se hacen algunos sueños. Otras es del río y lo que trae,

nos andamos peleando porque tal tronco sea tal cosa y tal otro tal otra de acuerdo a lo que quiere cada uno y para que nos amarguemos apostando a ver qué tronco cae para qué lado y si critonces el tronco era mujer, y mujer de alguien, y si se encimaba al otro que podría ser uno de nosotros o el Loco Toledo. Alcanza con decir antes para que todo se complique y no haya modo, no haya modo de escapar. Puede ser media tarde o venirse el mediodía y ahí está uno con ese entrevero de figuritas. Arispe sirve la ginebra con ese ruido que raspa el alma, antes nomás de ese cimbrón en la garganta y el calor en los cuerpos. Y por ahí se ve entrar a un hombre que al ratodice, por algo que ha sido dicho, "Odio a los velorios. No voy a ir ni al mío". Y ya está, ya empezó.

Lo miraron, de vuelta. Ni llovía ni no llovía. Algo, una creciente que crecía, pero despacio, pasaba con el río. Lo de siempre.

"Jodido, el Salado éste. Capaz de quebrar cual-

quier historia", dice una voz que no se sabe.
"No la mía, que ya está", vuelve a hablar el que habló de su velorio, como si nada. Al mirar, se veían algunas pocas cosas; su altura, no tanta, y el filo de sus manos. Nos miró.

"A mi vez tengo que mirarlos", dijo. Tristeza, cierta zanja sin fondo cruzó por el boliche, ahí. "A mi vez los miro", dijo, y siguió sin preguntarnos nada.

"Ya sé que a mí me van a hacer el cajón con la manija para adentro, porque no me va a querer llevar nadies. Pero y qué hav?"

rer llevar nadies. Pero ¿y qué hay?"
Como siempre el silencio lo manejó Arispe,
con un ruido de vasos. O con el ruido de la ginebra cayendo en la eternidad.

"Toma", le dijo Arispe, mostrando el pulso con la copita llena como el mar. Tranquilo, ese mar. "Si podés."

Se la dejó en el mostrador. Se arrimó, el hombre. Miró fijo a la copita y un rato, como si la desconfiara. Después cruzó las manos atrás, en rranca, aunque sea de gusto, aunque todo vuelva a empezar. O mirar para el pueblo, tapado por el retorcijón de las barrancas barrosas, el pueblo donde nadie podría acomodar las cosas de acordarse o de tapar.

Tapar como de caballo tapado, de esos que no se saben y ganan sin que nadie les haya jugado. De las cuadreras, habla ahora el que habla, o piensa sin dejar de pensar. Pero eso es un sueño ya viejo, una ilusión. Haber sido aquel tapado, que es un caballo al que no se le conoce el tiempo y de afuera da lento, aquel tapado que nunca se presentó. Otra vez digo que son cosas sencillas, de por acá. Lo que no es de acá, seguro, es este clavo, gancho, entre pilotes del puente. Porque algo, en esta sombra que no es la de otros, en eso oscuro de uno, dice que ese clavo entre los pilotes del puente no es de acá.

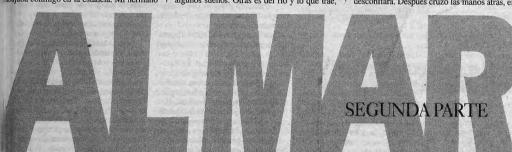
Ya se mira el final. Es invierno, hace días que no para de llover. Yo veo pasar la correntada cada vez más fuerte, cada vez más fuerte. No es de minutos, ni de horas, sino como de meses, años. La miro pasar desde arriba de la barranca, del lado de la estancia. La veo pasar a la mañana, a la tarde, a la noche, cuando se prenden las luces del pueblo, más allá de la primera luz que es lo de Arispe. Llueve y el bote, que está ahí abajo, justo abajo de donde estoy parado mirando, va subiendo. Eso es que el río crece y ya se viene, del todo, la inundación. Ya no se van a ver las barrancas, primero, y después ni la luz de lo de Arispe, porque se habrán ido corridos por el agua, y después ni las luces, si ya es de noche, cuando el agua empiece a brotar del sótano de la usina y las máquinas se tengan que parar. Pero va a llegar un momento en que no me importe esperar esos momentos y baje hasta el bote.

Subo, me acomodo. Despacio, cortando sin forzar la correntada, me voy al medio del río y cuando enderezo el bote alcanzo a pensar en el mar. Lo hago ahora porque si espero la inundación las aguas van a ir para cualquier lado. Así que encaro el medio y guardo los remos que ya no van a servir para nada. No pregunten pero no voy a querer ir sentado. Parado enla mitad del bote que está en la mitad de la correntada. Sin despedirme. Sin saber por qué de tantas cosas me acuerdo de tan pocas. Sin cantos de palos de letrina y ranchos, de sangre en la cabeza.

Ahora ya está a tiro el puente, los pilotes. Abro bien las piernas, balanceando el bote, enderezándolo para pasar por el medio, justo. El puente, los pilotes, se me vienen encima. Algo, cuando el puente me tapa la cabeza, dice, con la voz de esos cantos, que la erré. Puedo acordarme del vasco Zemborain, en aquel camaval de hace unos años. Había pasado el corso, había pasado el baile, le bajaba despacio la borrachera y se sentó en laplaza. Se bajó la careta. Justo, pasamos. "Chau, Zemborain", le grité. El también gritó. "Le erraste para la mierda", gritó, finito, con voz de mascarita, como si todavía tuviera la careta, Zemborain.

Le debo haber errado más de una vez, cuando estuve en el puente, entre los pilotes, pensando en tantas cosas y en el clavo, justo, no. Cuando estuve pero tranquillo. No como ahora, con la correntada, haciendo equilibrio en el bote y sintiendo que en la cabeza, de atrás de la cabeza, me enganché. No sé cómo hago al mismo tiempo para saber que eso es el clavo y abrir los brazos y agarrar un pilote de cada lado y pararme, haciendo fuerza, ahí. Fuerza con las manos contra los pilotes, con los brazos contra las manos, con las piernas contra el bote para que no se vaya solo en la correntada. Porque estoy enganchado de la punta de la tripa del cerebro y, si aflojo, mucho no voy a durar.

Se reproduce aquí por gentileza de Michèle Guillemont



como el de los alambres de púas y su suerte de

opositor. A veces, para olvidarme de esos rui-

dos que veo, me pongo a pensar qué podría so-

I discurso secreto de un hombre dejándose llevar por el río hasta la promesa de un mar —la memoria líquida ahogándose en súbita certeza de que "algunos sueños dan verdad" cerca del final— es el tema de este cuento que Miguel Briante corrigiera y ampliara poco antes de morir y uya primera parte apareció ayer n estas mismas páginas. Con la conclusión de "Al mar", culmina también la edición 1995 de Verano/12.

nar alguno del pueblo, qué podría querer olvidarse para siempre. Pero eso es mucho para mi cabeza, que ya tiene suficiente, y encima el mar, que no vi. Era más fácil cuando en lo de Arispe había ventana para el lado del pueblo y en la leña que iba ardiendo en ese hueco donde ahora que llegó la luz pusieron el televisor, en el fuego, uno iba pudiendo ver la historia que quería. Estaba la ventana y uno veía prenderse primero todas las luces de las calles y después las de las casas, y podía identificar. Ahora me lo tapan las barrancas, al pensamiento, o me lo retuercen con cesa raíces que asoman del barro de la barranca de allá, donde hay filas de pinos, casuarinas y plantas más petisas, otra eternidad en la que me puedo caer tratando de distraerme de la cabeza: ver raíces de qué son, cada una a cada una de las que alcanzo a mirar. Y alcanza con pensar todo esto, acordarse de la ventana y del fuego en el hueco donde ahora brilla nada más que la televisión así las historias ya vienen contadas y no

la espalda y bajó la cabeza.

Como en los circos. Estaba haciendo una prueba, alfísimo, una sola prueba. Como en los circos de antes, sin red. Dobló la cintura, puso los labios contra la copa, casi sin tocar el vidrio, serenito, delicado, sin apuro, y la ginebra empezó a bajar en la copa, pareja, tranquila y pareja como el hombre, hasta el fin. Respiramos. En la puerta, donde empezaba la noche, mientras todos volvíamos, dijo: "Me sé tomar el tiempo", v se fue.

O no fue sueño, pasó. Eso es lo de estas orillas y el agua, que no se sabe. Y si fue sueño, la rienda se tiene que tener después, en la vigilia, para ver qué fue. En lo blanco de los silencios de la cabeza, en lo que uno no agarra para no hacerse tanta hondura, queda como una resaca o fondo, que molesta, aunque no hayan estado esos cantos, los de sangre. Hemos comido palos de letrina, las paredes de las casas son de otro color. Las voces. En la siesta no hace falta taparse los ojos para sentirlas, espesas, y es ahí cuando hay que agarrarse de cada raízque sale de la ba-

LECTURAS

Hasta el próximo enero.

COVISUR ESTA TEMPORADA, LE BRINDA LA SEGURIDAD Y EL CONFORT DE PODER VIAJAR POR EL PRIMER TRAMO DE UNA RUTA CON DOBLE CALZADA, UNA HACIA CADA LADO.

Resumen: Pirovano es un ex arque ro que usa un guante de guardavalla permanente para ocultar un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula de su edificio accede al Buenos Aires subterráneo del que emerge como Catcher, agente de Magia. Tras la búsqueda de los asesinos del Troglodita y del "Mi-lagro" Narvaja, Roperito Aguirre, ayudado por Etchenique, mata al narco y traficante de armas "Paredón", capo de "Ibrahim". Todo en el Salón Verdi de la Boca, donde Catcher tiene de rehén al bolita Melgar Zapico y el Fan-tasma Zambrano a su novia Bárbara.

po suspendido. Desorientados, sin libreto, los pesados tardaron en reaccionar.

-¡Por el "Milagro"! -gritó Roperito y volvió a disparar.

Recién entonces contestó Roque sin convicción.

Catcher retrocedió y arrastró consigo a Melgar, que era el único que

medía el tiempo, pese a todo:
-119... 118... -murmuraba.
El otro custodio, parapetado detrás del ring disparó con apoyo, mi-

diendo el tiro, y hubo un quejido le-ve en la oscuridad.

Catcher oyó el ruido de la silla al derrumbarse y enseguida el grito angustioso de Roperito.

-¡Sáquenme de acá! ¡Sáquenme!

mientras sonaban más balazos y Melgar ya había desaparecido.

Catcher levantó el arma y de dos disparos del 38 reventó las luces de arriba del ring. Todo quedó en penumbras

Se volvió. Con la escasa claridad que entraba por la puerta entreabier-ta vio a Etchenique recostado en la pared y al luchador que forcejeaba en vano bajo el peso de la silla derrumbada.

Se abalanzó sobre él y lo levantó

de las axilas:

-Agarrate, hay que salir de acá. Mientras los disparos se espacia-

ban, fueron saliendo a tropezones del salón.

Melgar va estaba en la puerta de

la ambulancia:
-53... 52... 51 -decía con las ma-nos separadas del cuerpo, como cuidando de no tocarse.

Roperito, arrastrado por los poderosos brazos de Catcher, miró a su alrededor buscando sin resultado.

-¿Dónde se metió ese viejo pelo-tudo? -porque el Di Tella no estaba, ahuyentado seguramente por los primeros disparos.

También Étchenique salió, vacilante, agarrándose el hombro, y se apoyó en un árbol. Tenía el revólver en la mano pero apenas podía

-No van a salir... -dijo con un sus-

Catcher estaba dispuesto a ser expeditivo: con un golpe de cabeza hizo subir a Melgar a la cabina de la ambulancia y llevó a Roperito a la parte trasera:

-Te subo atrás -dijo mientras maniobraba con la puerta.

Abrió. Roperito vio el cadáver del Tro-

glodita y se retrajo:

-¿Qué hace esto acá? -y se volvió hacia Catcher con el arma ame-

Catcher no contestó. Soslavando

la amenaza, lo empujó dentro de la ambulancia, lo dejó semisentado junto al rígido compañero:

-Fuiste vos, y puedo probarlo -di-jo simplemente. Después cerró las puertas

Roperito gritó algo y le disparó a través del vidrio. Catcher se arrojó al suelo, le sacó ángulo. Desde allí vio cómo el luchador se volvía con-

mora en el rescate se había debido nazaba, lo obligaba a desplazarse a que Narvaja, con los flotadores en el asiento. ¡No hagas eso! -le huecos colmados de cocaína, había gritó mientras trataba optado por no pedir rescate sino esen vano, de enfoperar que llegaran los hombres de la organización a "limpiar". Entoncar el terminal. distanciado, entorpecido por cuerpo mismo de la am-

bulan-1.1 10...-grita-ba el otro ba el otro desesperado, espe-rando una señal Mientras Roperito insistía. Catcher hi-zo un último esfuerzo: boli ¡Salí de ahí! Pero la ambu-lancia, lentamente, a los tropezones, se puso en marcha. Cat-

tra el aterrorizado Melgar, lo ame-

-¡Cúbrase, Etchenique! -le gritó mientras se tiraba al suelo.

cher disparó a las gomas; pero siguió adelante, co-menzó a alejarse. Entonces se

volvió hacia el veterano:

Pasaron dos, tres segundos más que Catcher imaginó en voz y boca de Melgar y después hubo un estallido atroz, un resplandor anaranja-do, y la ambulancia que se deshacía en medio de la avenida.

Ay, pobre pibe... -dijo Etchenique deslizándose de espaldas contra el tronco hasta quedar sentado.

Catcher iba a decir algo pero se contuvo. El veterano tenía otra versión de los hechos y no estaba segu-ro de que fuera bueno contradecirlo a esa altura de la vida, de la noche, de los tiros.

Así que optó por volver corrien-do al salón. Encontró sólo la penumbra y el olor a pólvora de los disparos. Buscó a tientas el interruptor y después de un momento consiguió encender la luz general.

Nada. Fue cautelosamente hasta el fondo, revisó el baño, las depen-dencias, descubrió la salida lateral por la que habían escapado los pe-sados encontró a un hombre amordazado y temblando de terror y lo dejó allí. Buscó hasta hallar ningún indicio de la presencia de Bárbara y de Zambrana. Volvió sobre sus pasos. Debía apurarse antes de que Îlegara la policía.

de salir se asomó al ring. "Paredón" se desangraba como un auténtico Gigante en la lona. El espectáculo no se había suspendido; apenas si se había adelantado una noche.

Al salir vio a los primeros curio-sos que se acercaban a los restos humeantes de la ambulancia, una cuadra y media más allá. Se arrimó al veterano y lo ayudó a ponerse de pie:

-¿Dónde es el tiro? -dijo simple-

-No es nada. Un clásico: de refilón en el hombro.

Era cierto: poco más que un ras-

Catcher escribió rápidamente en un papel que puso en el bolsillo superior del saco del veterano.

Tiene que rajar de acá y no pue de ir a un hospital con herida de bala. Le dejo una dirección y teléfono: quédese ahí y llame, que lo van a ir a curar sin preguntar nada-. Se interrumpió al ver la expresión de Etchenique. -Si no me tiene con-

fianza váyase a Pichincha. El veterano no dijo nada. Apenas si meneó la cabeza, abatido.

Cat cher paró un taxi que venía lento y curioso

-Llévelo rápido -dijo al taxista después de acomodar al pasajero-. Hace horas, bah... Hace años que tendría que estar en la cama.

Después, a contramano de la genque comenzaba a movilizarse en el Argerich, el enfermero Catcher entró al hospital, bajó al último subsuelo y encontró la Emergencia para que yo, a la una y media de la mañana, estuviera en la cúpula tecle-ando el contacto con Subjuntivo.

Tenso, malhumorado, me enfrenté a la máquina sin certezas ni mo-tivos de orgullo. A medida que me explayaba en detalles y pormenores de tres días de equívocos y muertes más o menos anunciadas, me fui sintiendo cada vez más extraño.

Las pantallas recibían mi largo informe-tecleé durante una hora-con la condescendencia de su sabiduría neutra y colorida. Ordenadamente, pasé revista de enigmas y desanudé lo más duro. Expliqué cómo, con la documentación obtenida y los aportes elocuentes de Melgar Zapico, podía describir el accionar de los narcos de Ibrahim (según el ingenioso Etchenique) con su circuito encubierto y sus entidades truchas hasta que estalló el escándalo. Inclusive la llamada de Gatti desde Pa-so de los Libres me confirmaba que las facturas de los Gigantes las pagaba un tal Juan Gometti con cheques de la fundación y el instituto marplatense: Gometti no era otro que Milagro Narvaja, según el do-cumento que portaba el cadáver acribillado en el taller...

Pero todo se complicaba con Roperito Aguirre después de Uruguayana. Convertido en adicto a través de la amistad con Narvaja, se había integrado a la organización en Mar del Plata. El accidente del helicóptero se había producido cuando utilizaban la cobertura del patrullaje costero para entrar la droga por mar

voca Bárbara, que me esperaban a mí, a Pirovano, seguirían sin enten-der... Tampoco entenderían nada los de Arnold Body Building cuando les cayera encima Lacana & Cía esta misma noche

Terminé de teclear y, aunque no esperaba un aplauso, menos supo-nía que Subjuntivo me dijera sin decir, por toda conclusión, su reiterado pedido:

No vuelvas sin ella.

para toda la zona balnearia. La de-

ces ya fue tarde para las pier-

nas de Roperito. Mortificado y com-prometido en la leal-

tad hacia su amigo,

Milagro bancó a Roperito ante

Paredón, y le

consiguió el

puesto en

Bolivia

G y m que era

mero pre-

texto para

seguir

con la

transa

funda

ción. Pe-

ro Rope-

rito estaba

resentido

porque no en-traba en el ne-

gocio, sólo se compraba su silen-

cio con un sueldo. Cuando también quedó afuera del nuevo rubro, el

tráfico de armas, decidió reflo-

tar a los Gigantes como un modo de

una serie de pequeños atentados contra miembros de la troupe e in-

sinuó la responsabilidad de Pare-dón, del que dijo no saber nada. Con-

tratar a Etchenique era una manera

segura de que el capo sentiría la pre-

sión, saltaría su doble identidad, etc.

De paso, comprometió la lealtad de

su amigo Narvaja, al que puso al tan-

to y utilizó en las presiones sobre mí

de quien sospechaba desde un prin-

cipio-, en el episodio del tatuaje de Dolores. Trasladó su paranoia a Et-

chenique y al viejo chofer del Di Te-

lla y los instigó para que me vigila-ran todo un día al saber que corría-mos juntos con Zolezzi y que ven-

dría a dormir a casa después del

matar dos pájaros de un tiro en una

noche: después del informe de los

ortodoxos investigadores privados -leales a su cliente a rajatabla-levan-

tó el Escarabajo con Bedoya, fue a buscar al Troglodita que no sospe-

chó nada, lo mató de una cuchilla-da y me lo tiró de madrugada en la

Reserva para dejarme pegado. Abandonó el auto quién sabe dón-

de, con huellas de sangre y el arma

homicida adentro, y esperó. Su pri-mer error fue creer que yo hablaría.

El segundo fue decir, en su versión de los hechos, que había llamado dos

veces a una parrilla que no tiene te-

laboratorio de Lacana & Cía -restos de piel y pelo hallados bajo las

uñas del Troglodita-, bastaba para

saber -por Etchenique seguramen-

te, o por el viejo botón de taxi- que la gente de Paredón había matado a

su amigo Narvaja. Bowie quedó en-tre dos fuegos, dos lealtades, y no

pudo escapar. Su "yo no fui" agóni-

co significaba mucho: "aquella vez

no quise abandonar a Roperito; y es-

ta vez vo tampoco maté al Troglo-

dita". El no había acompañado esa

locura paranoica. El resto eran casualidades: cuan-

do Catcher vio que el tercer tipo en la foto de la inauguración del Ar-

nold Body Building era Zambrano, improvisó una cuestión con él para

que Paredón no lo vinculara a él,

Catcher, con Pirovano y Roperito...

Y hasta el final había sido así: na-

die entendía quién o qué sería Cat-

cher. Incluso Zambrano y la equí-

Pero lo que finalmente lo cegó fue

condenarlo.

léfono... Con los datos que aportó el

Absolutamente paranoico, pensó

atentado en la pensión.

Buscó un modo indirecto: fraguó

extorsionar a Paredón.

de la Apagué la máquina con fastidio. Después, fue un instante: tomé el movicom y sin pensar ni mirar atrás los costados marqué el número de Bárbara. Sonó por lo menos diez veces. Nadie contestó.

Sentí que el frío me comía el pe-

Tuve que entrar a casa con la gan-zúa. El viejo Etchenique había dejado mi llave adentro y dormía ma-chucado, sedado, vendado ya, casi sereno, tirado en mi cama. No se despertó aunque hice ruido, fui al baño, me duché, volví a llamar cua-tro veces a Bárbara mientras tomaba whisky, todo sin resultado ni mejoría

Dormitaba tirado en el sillón más largo cuando sonó el timbre del por-tero eléctrico. Miré el reloj; seis y

-¿Quién es? -Bárbara -en un hilito de voz. -Subí

No puedo.

La habían golpeado, la habían amenazado, la habían tirado de un auto en marcha frente a su casa nero no había querido entrar ni volve-

Nunca más -me dijo temblan-

do-. Y no voy a hablar.

-Nunca más le prometí emocionado, cuidándola tarde y mal, como siempre- y no hables. Ya podía volver.

Llegué tarde, pasadas las diez. Ya nadie me esperaba. Estaban todos los criollos y los árabes de túnica y barbita- instalados alrededor de la gran mesa y pendientes de él. El pre-sidente hablaba de las perspectivas halagüeñas, de inversiones, del intercambio cultural, comercial e incluso deportivo y ahí me hizo un guiño, me demostró que me había visto llegar. El viaje que emprendería a Siria la semana próxima era sólo el comienzo de una serie de contactos a todo nivel y en esa mesa esta-ban representados hombres de la cultura, el comercio, el turismo y el deporte que lo acompañarían en de-

legación. Y dio varios ejemplos hasta que se detuvo en uno que me interesó:

-Está acá un profesional que es a

la vez un empresario de Mar del Plata. hombre decidido, dispuesto a iniciar en Damasco nada menos que una cadena argentina de cinco estrellas: el International Baires Ho-

Y el brazo extendido y el gesto sonriente señalaron la cara de póker del doctor Rodríguez Pandolfi, sereno y modesto entre dos coloridos

Salí. Deambulé por el parque un rato hasta que vi que la reunión terminaba y los visitantes se dispersa-ban. En un momento dado alguien se me acercó para decirme que el presidente quería hablarme. Fui.

Tenemos que arreglar el asunto del director técnico para esta gente. ástima que no ha venido el amigo Zambrana -dijo sonriente. Debe ha-berle pasado algo, porque es de los que no faltan.

-Seguro. Pero va a empezar a fallar

Me miró extrañado un instante pero se recompuso con una gran son-

risa; -¿Cómo era su nombre? -Pedro -dije. Me di vuelta y em-

pecé a caminar. Caminé hasta la salida, salí, respiré hondo y antes de cruzar la ca-lle miré el reloj.

Si me apuraba podía llegar a tiempo. El licenciado Zapata era muy hinchapelotas con los horarios y todo lo interpretaba.

Veremo/4